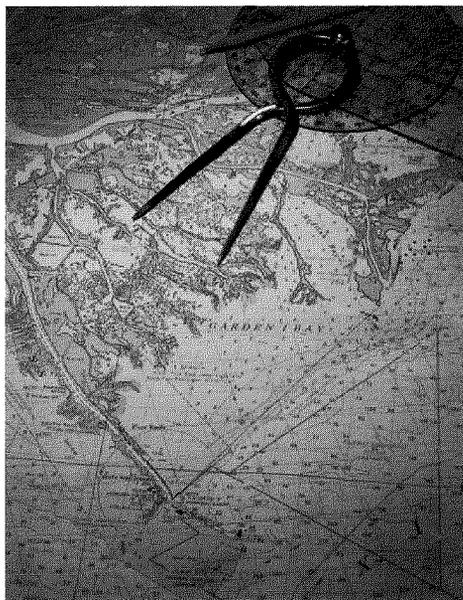


GEOGRAFÍA, TERRITORIO Y POBLACIÓN

Esteban Rozo¹



PALABRAS CLAVE

Geografía, territorio, naturaleza, población, nación

RESUMEN

Este artículo explora el papel que asumieron los discursos geográficos en la construcción y elaboración cultural del territorio, la naturaleza y la población colombiana hacia mediados del siglo XIX. Además de exponer los motivos y condiciones que hicieron del conocimiento geográfico una herramienta fundamental de gobierno y dominación; el texto se ocupa de la manera

cómo se construye la nación en las interpretaciones y descripciones del territorio y la naturaleza que aparecen en los textos geográficos que se publicaron en la época. Por último, se hacen explícitos los vínculos entre las representaciones del territorio y, las concepciones de la población y el ciudadano construidas por las élites de la época.

¹ Profesor Departamento de Antropología. Universidad Javeriana.

KEY WORDS

geography, territory, nature, population, nation

ABSTRACT

This article explores the role assumed by geographical discourses in the cultural fashioning and construction of territory, nature and Colombian population towards mid nineteenth century. Moreover, the conditions and reasons that made geographical knowledge an important tool for ruling and domination are exposed. It explores how the nation is fashioned through

descriptions and interpretations of territory and nature that appeared in geographical texts published at the time. Finally, the article traces links between the representations of the territory and the conceptions about the population and the citizens of nation, held by the elites during mid nineteenth century.

I ntroducción

Partiendo de la importancia y significado que adquirieron el territorio y la naturaleza dentro de los nacionalismos hispanoamericanos del siglo XIX, este texto busca desentrañar el papel que asumieron los discursos geográficos en la construcción y elaboración simbólica del territorio, la nación y sus habitantes. Desde distintas aproximaciones antropológicas e históricas se harán evidentes los usos políticos y culturales de los textos geográficos que circularon en el país hacia mediados del siglo XIX. El conocimiento geográfico, por diversos motivos, fue central para las élites letradas en su intento por imaginar y gobernar la República recién constituida.

Autores como Sánchez (1999) y Cubides (2002) han señalado que las élites decimonónicas mostraron un marcado interés por la exploración del territorio, por la elaboración de mapas y la difusión de textos geográficos. En la medida que la soberanía del Estado-nación moderno adquirió un marcado componente territorial, la geografía pasó a ser una herramienta de gobierno fundamental, relacionada con la demarcación, racionalización e intervención del territorio y la población.

Una re-lectura de algunos textos geográficos de la época, escritos por personas como José María Samper, Felipe Pérez y Sergio Arboleda, nos muestra que, más allá de sus “funciones prácticas”, la geografía también constituyó uno de los principales recursos para representar, pensar y ordenar la nación. Las élites ilustradas apelaron a la autoridad y “neutralidad” científica de un saber totalizador que, por esto mismo, les permitió legitimar y naturalizar su visión del territorio y, por consiguiente, de la nación y sus habitantes.

En este sentido, el territorio emerge como un “concepto relacional que

insinúa un conjunto de vínculos de *dominio, de poder, de pertenencia, o de apropiación*” entre una porción o totalidad del espacio geográfico y un *sujeto* individual o “colectivo” (Montañez, 2001). Vínculos y relaciones que se pueden leer en las formas de semantización que se utilizan para nombrar, domesticar y socializar el territorio (García, 1976). Por lo demás, los procesos de organización material y simbólica del espacio fueron esenciales en la formación del Estado moderno y en la construcción social y cultural del territorio nacional (Alonso, 1994).

Los discursos geográficos se convirtieron en un referente fundamental para imaginar y delinear la nación y su identidad, en la medida que buscaron realizar el inventario y descripción de las “particularidades” y características físicas, naturales y sociales que le daban su “especificidad” al territorio nacional.

Estado-nación y geografía

Como bien lo expresó P.J. Taylor en su influyente texto *Geografía Política. Economía mundo, Estado-nación y localidad* el nacionalismo suele ser considerado el más geográfico de los “movimientos políticos”. La nación y el nacionalismo tienen un carácter explícitamente territorial. Anderson (1986), también plantea que las naciones no se limitan a ocupar un espacio como lo hacen otras instituciones u organizaciones, sino que “afirman su vinculación a una ubicación geográfica determinada”. Así, “el territorio se convierte en el “hogar” nacional o incluso en la “patria”, henchida del significado simbólico del

nacionalismo” (Taylor, 1985). En última instancia, “el espacio y el territorio están en la base de toda reflexión sobre lo nacional”, toda vez que la identidad nacional se puede definir, en un nivel sustancial, como el vínculo con la tierra (Montaldo, 1999).

En este contexto, el territorio nacional y saberes, como la geografía, que se encargaron de su definición, demarcación, medición, exploración y representación adquirieron una importancia singular y estratégica. La geografía pasó a ser una herramienta de gobierno fundamental, para los Estados-nacionales que se definieron por ejercer su soberanía sobre un territorio que ocupan y les pertenece. De esta manera, el conocimiento geográfico puede entenderse como un “conjunto de tecnologías de poder comprometidas tanto con la producción gubernamental como con el manejo del espacio territorial y con la delimitación de fronteras entre “nosotros” y “ellos” (Rojas, 2001).

Artefactos como el censo, el mapa y el museo son fundamentales para entender la manera como el Estado imaginó “la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje” (Anderson, 1986: 229). En el caso que nos interesa, podremos ver en qué medida la geografía, con una amplia trayectoria imperial, responde a las expectativas de un saber enciclopédico, totalizador, cuyas ambiciones se expresan en su mismo “objeto de estudio”: la Tierra. Estas características le permitieron a los discursos geográficos abarcar todo tipo de órdenes y “realidades”: lo topográfico, las razas, lo físico, las formas de gobierno, lo económico, los caracteres, la distribución de las especies, los climas, el suelo y la atmósfera, son sólo algunos de los tópicos que aparecen en los textos geográficos del siglo XIX.

Así, los discursos geográficos se convirtieron en un referente fundamental para imaginar y delinear

la nación y su identidad, en la medida que buscaron realizar el inventario y descripción de las “particularidades” y características físicas, naturales y sociales que le daban su “especificidad” al territorio nacional. A este respecto, Cañizares plantea que, a lo largo de la Ilustración, las representaciones de la naturaleza y el territorio elaboradas por las élites locales, contribuyeron significativamente a la consolidación de un “nacionalismo criollo”. Impregnados de un lenguaje patriótico y emocional, religioso en algunos casos, saberes como la historia natural y la geografía contribuyeron a la imaginación y definición de “espacios nacionales”, únicos y separados de los demás. Estas circunstancias hacen que la geografía junto con la historia adquieran la “misión de realizar y de inculcar el espíritu cívico y patriótico” (Foucault, 1999).

Geografía, orden y civilización

Buscando desentrañar las condiciones del surgimiento de un nacionalismo modernizador en la Nueva Granada entre los años 30 y 40 del siglo XIX, König (1988) menciona que una incipiente burguesía propietaria, compuesta por comerciantes y agricultores, apoyada por una burguesía intelectual, se inspiró en las doctrinas políticas y económicas del liberalismo para llevar a cabo una crítica del “estancamiento” y “atraso” de la nación en comparación con los Estados industrializados de Europa. Esta crítica al “estancamiento” económico, político y social como supervivencia de la Colonia, sirvió también para legitimar el ascenso al poder de los liberales y, a su vez, fue el fundamento del proceso de modernización que comenzó en el país con fuerza hacia 1848 con la llamada “revolución de medio siglo”, relacionada con una serie de reformas de corte liberal que buscaban el progreso y la “prosperidad nacional”. La revolución liberal adquirió su máxima expresión en 1863, cuando se promulgó la Constitución de Rionegro que organizó al país como una

confederación de Estados (Dominguez, 2000).

Así, entre las múltiples causas que las élites ilustradas del momento aducían como causa del atraso, sobresalen los factores geográficos y climáticos. En el prólogo al *Ensayo aproximado sobre geografía política y estadística de los ocho Estados que compondran el 15 de setiembre de 1857, la Federación Neo-Granadina*, Jose María Samper argumentaba que: “

(...) la naturaleza nos ha rodeado de inmensos obstáculos para el desarrollo rápido de las fuerzas sociales, enclavando nuestro pueblo en el seno de una complicada red de cordilleras, levantadas donde quiera como gigantescas murallas para impedir, por mucho tiempo a lo menos, el cambio de las ideas, la libre acción de los valores circulantes,- el movimiento de la sociedad en todos sentidos (Samper, 1857: 3)”.

Para Samper, el progreso y el movimiento sólo serán alcanzados cuando la “inteligencia del hombre se haya hecho superior a la grandeza del desierto”, pues el hombre es aquí “esclavo de la naturaleza, i no ha emprendido con decisión la conquista que está destintado a realizar sobre las fuerzas poderosas de aquella” (Samper, 1857:4). De esta manera, la primera gran vertiente del pensamiento moderno que consideró el dominio de la naturaleza, basado en la ciencia moderna, como una condición necesaria para la emancipación humana” (Harvey, 1990), aparece como uno de los pilares del proyecto liberal de mediados de siglo. Si aceptamos el espacio como un “hecho” de la naturaleza, la conquista y el ordenamiento racional de este se convierten en aspectos esenciales de ese proyecto que buscaba dominar y controlar la naturaleza a través de su conocimiento. Del mismo modo, las formas modernas de vigilancia estatal, control de la población, así como la imposición del capitalismo y su “disciplina del trabajo” dependieron de las homogenización, racionalización y

fragmentación del espacio (Alonso, 1994).

El interés de las élites por la geografía hizo parte de un interés compartido por las ciencias “útiles”, una inclinación por lo “práctico” (Safford, 1976), que implicó el establecimiento de instituciones de corte técnico e ingenieril como el Colegio Militar (1848) y la Universidad Nacional (1867). No debe sorprendernos, entonces, que empresas como la Comisión Corográfica (1850-1859) se hayan convertido en obras de “interés nacional”. El principio ilustrado, enunciado en 1808 por Caldas, según el cual “la geografía es la base toda especulación política”, fue retomado por los dirigentes de la época, conscientes de la importancia del conocimiento geográfico para controlar y manipular el territorio, con miras a la integración y el progreso nacional (Dominguez, 2000).

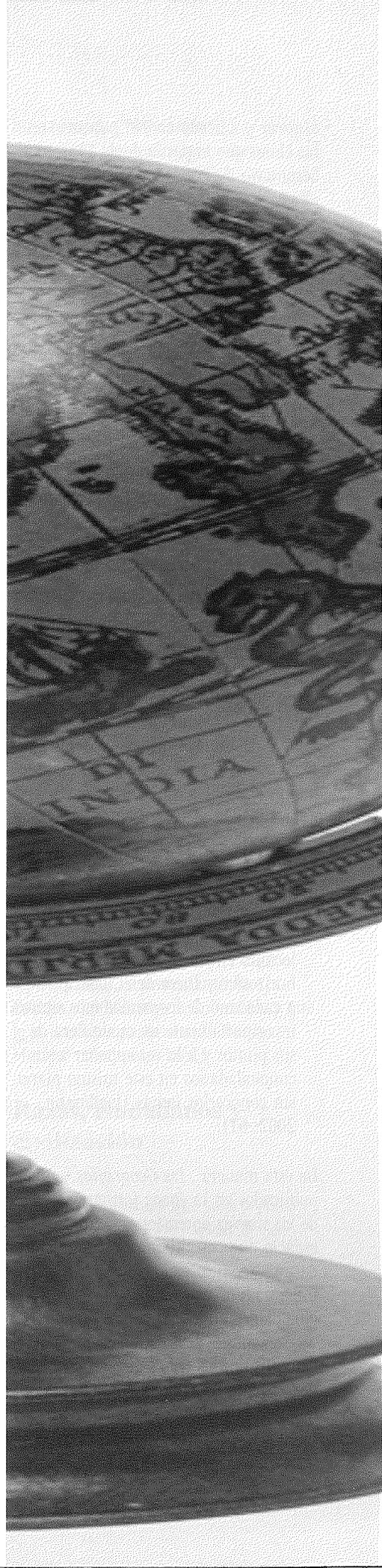
En el mismo prólogo, Samper planteaba que debido a que nuestra geografía es en su mayor parte desconocida, la estadística no existe en Nueva Granada, ni oficial ni privada. Si bien la Comisión Corográfica “está cumpliendo —decía Samper— con habilidad su misión de revelaciones científicas i descripción exacta del país, sus trabajos no han podido ser publicados aun (...). Así, la República se ignora a sí misma (...)” (Samper, 1857: 5). Esta situación se hacía más preocupante cuando los Estados se encaminaban a formar una Federación donde no se conocen “los elementos de subsistencia i de progreso” con que puede contar cada uno de ellos (Samper, 1857). De ahí que la Constitución de 1863 declarara competencia del Gobierno general “la estadística i la carta o cartas geográficas o topográficas de los pueblos i territorios de los Estados Unidos” (Pérez, 1865).

Bajo este escenario, la publicación de textos de geografía se vio como un servicio a la *patria*, así lo expresaba Felipe Pérez en el prólogo a su *Geografía Jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, escrita de orden del

gobierno (1865) cuando se refería a los esfuerzos tan laudables como asiduos que hacía el gobierno nacional con la financiación de textos de geografía que contribuían al “progreso” de la patria. Por su parte, Samper convidaba con su ejemplo a los compatriotas más “entendidos e ilustrados” en prestar ese servicio, tan importante para el país, que consistía en dar a “conocer con exactitud su propia situación bajo la nueva forma política que se ha dado” (Samper, 1857: 5).

Todo esto hizo que la geografía fuera impulsada por los Estados e incorporada a la educación primaria y universitaria, bajo el supuesto de que “el progreso de las ciencias matemáticas, físicas i naturales, es decisivo en la marcha de las sociedades humanas: ningún adelanto puede realizarse sin su ayuda, i la civilización moderna es su obra i la resultante de sus diarias i portentosas conquistas” (Anales, 1871). Así mismo, la geografía no fue ajena a la imagen que se fue construyendo en torno a la ciencia. En ese entonces “hacer ciencia era equivalente a hacer patria”, la actividad científica se pensó como una empresa que permitía restablecer el orden, la paz y estabilidad de la nación, lejos de los enfrentamientos y debates políticos. Según Obregón, la ciencia y la instrucción científica, “se percibían como la superación de la actividad partidista, como un interés verdaderamente nacional que se colocaba por encima de las luchas políticas y regionales” (Obregón, 1992: 47).

A diferencia de las ciencias que la geografía dice incluir —botánica, medicina, química, mineralogía, física, astronomía, etc.—, la geografía llegó a concebirse, en palabras de Sergio Arboleda, como “la ciencia a que todas las demás sirven y enriquecen con sus descubrimientos”, abarcando desde las ciencias naturales hasta las políticas y religiosas. Ciertamente, la mirada geográfica responde a las pretensiones de un saber totalizador que promete describir, explicar y nombrar todo el campo de “lo visible”. En sus *Rudimentos de geografía, cronología e*



historia publicado en 1872, basado en las clases que impartía desde 1857 en el Seminario de Popayán, Arboleda afirmaba que:

GEOGRAFÍA, es la ciencia que trata de la descripción de la tierra. (...) puede describirse la tierra de dos modos diferentes: 1. como morada del hombre en sociedad con sus semejantes, que es el objeto de la *Geografía civil*; 2. como un globo compuesto de partes, cubierto de objetos inanimados, y poblado de seres vivos de especies diferentes, y entonces, la ciencia se denomina *Geografía física*. (Arboleda, 1872: 5)

En este contexto, la *Corografía* tiene como objeto “representar” en sus pormenores y características físicas y políticas, una parte del globo, un país. Así, la visión “totalizante” y fríamente ordenada, que presentan los mapas, textos geográficos y corográficos, dio lugar a la construcción de un fuerte sentido de las identidades nacionales y regionales (Harvey, 1990). Los mapas fueron elementos centrales para crear y naturalizar la identidad entre la gente y el territorio (Alonso, 1994). Como bien lo expresa Jagdmann en un artículo reciente:

(...) el “mapa ubica a todos sus lectores en un mismo plano horizontal y fuera de él, pues permite a cada uno de los ciudadanos situarse imaginariamente en cualquiera de sus puntos y a la vez suponer a sus conciudadanos en este mismo plano sin conocerlos jamás (Jagdmann, 2002: 61).

De esta manera, las *Geografías* y mapas publicados en la época formaron parte de las nuevas aprehensiones culturales del espacio que permitieron el surgimiento de una “comunidad política imaginada”, restringida a los ciudadanos cultos y letrados que podían acceder a estos textos. Como pretendo demostrarlo, los textos geográficos, lejos de ser representaciones transparentes y fieles de la realidad, como se pensaba en la época, constituyeron herramientas fundamentales para ordenar la nación,

producir su territorio, establecer campos de intervención y acción social, definir fronteras e identidades. A este respecto Harvey que el mismo acto de nombrar entidades geográficas supone un poder sobre estas, en particular, sobre la forma cómo se representan sus habitantes, paisajes y función en la sociedad.

En última instancia, cuando decimos que “hay un lugar y un tiempo para todo” se evidencia que el problema de asignar lugares y tiempos para distintas actividades y sujetos, entraña, en el fondo, un problema de órdenes y reglas sociales, de posiciones y lugares que pueden tener connotaciones simbólicas específicas o reflejar un lugar en una estructura de poder particular. La publicación y difusión de textos geográficos apuntaba también a que los ciudadanos encontrarán su lugar y función en el “espacio homogéneo” de la nación (Cañizares, 1997).

La naturaleza, el territorio y el destino de la nación

Las elites intelectuales decimonónicas, que asumieron el proyecto de construir la nación, se apropiaron de las retóricas coloniales que le atribuían a la “naturaleza americana”, desde el Descubrimiento, características únicas y específicas, entre las cuales sobresalen: su exhuberancia, su carácter salvaje, caótico y prístino. Al mismo tiempo, tomaron como fuente de verdad las imágenes que habían elaborado sobre el continente viajeros como Humboldt. Desde esta perspectiva, los “territorios nuevos” relativamente “despoblados” e inexplorados, que sirvieron de fundamento a los Estados soberanos, se convirtieron en referentes ineludibles para los idearios nacionales que se gestaron durante el siglo XIX. Como bien lo expresa Montaldo, en latinoamérica “el espacio natural se vuelve centro de la construcción de la escritura y la reflexión política pues sobre él se asentaban los proyectos de organización de las repúblicas recién fundadas” (Montaldo, 1999).

En realidad, el significado de la naturaleza y el territorio para las naciones en construcción no podía dejar de ser paradójico y ambiguo. Por una parte, como se pudo apreciar en la cita de Samper, la naturaleza era vista como un obstáculo para la civilización, los climas “ardientes e inhospitalarios” llegaban a causarle la muerte al hombre emprendedor (Samper, 1857).

La mirada geográfica responde a las pretensiones de un saber totalizador que promete describir, explicar y nombrar todo el campo de “lo visible”.

Por otra parte, la descripción “científica” del territorio y la naturaleza adquirió rasgos decididamente nacionalistas y utópicos. De alguna manera, la visión fundacional de Caldas en torno al territorio y la posición geográfica del entonces Virreinato de la Nueva Granada, fue reproducida con algunas variantes por las elites de mediados del siglo XIX. La siguiente descripción de Arboleda sintetiza esa concepción del espacio nacional:

“ (...) regada en todas direcciones por rios navegables y dividida por las muchas ramificaciones de la gran cordillera en anchos y feraces valles á todas las alturas posibles sobre el nivel del mar, parece ser el país más favorecido del globo, tanto por su posición como por la variedad de sus climas y producciones vegetales, animales y minerales, para practicar sin temor de competencia todo género de industrias y atraer á su seno el comercio de todos los pueblos del mundo” (Arboleda, 1872: 92).

Aquí, aparecen los principales motivos de un discurso patriótico y utópico basado en la supuesta especificidad del país, dada por la localización “única” del territorio nacional y por su topografía. Un discurso que postula la

viabilidad de la nueva República y, apela a las “características” del territorio, siempre consideradas evidentes y dadas, para naturalizar el destino que, según las elites intelectuales, debía seguir la nación.

Los *tópicos* de ese discurso nacionalista se articulan en torno a la idealización y elaboración simbólica del territorio, entendido como un microcosmos de la Tierra, donde el clima, según Felipe Pérez, “es tan variado que muy bien puede decirse que posee todos los del globo” (Pérez, 1865), cada zona territorial, representa “una latitud particular del globo terrestre, con su clima invariable” (Samper, 1861). En consecuencia, “todos los cereales y cuantos frutos hay propios de las demás zonas del globo, se producen en esta tierra privilegiada” por la “bondad infinita de Dios” (Samper, 1861). Bajo estas condiciones, donde la tierra “es fértil hasta el asombro i mantiene los campos todo el año revestidos con la pompa i las galas de una primavera eterna”, sólo depende del “hijo de este suelo” hacer de su “patria la más poderosa de las naciones” (Arboleda, 1872).

Sin embargo, los diagnósticos de la población con la que contaba el país no eran positivos. En su *Jeografía Jeneral* Felipe Pérez deja ver sus concepciones y preocupaciones en torno a la noción bio-política de población. Pérez planteaba el problema en los siguientes términos:

“La industria en la Unión Colombiana no está hoy ni estará en mucho tiempo en razón directa de los inmensos recursos de todo jénero que posee el país. Falto de brazos con relación a su extensión, falta de vías comerciales, i falta de espíritu de empresa, su marcha industrial es lenta i no del todo desembarazada (Pérez, 1865: 229)”.

De esta manera, Pérez introduce en el discurso geográfico nociones de orden bio-político, relacionadas con el control

de los procesos biológicos de poblaciones específicas, “en conexión con todo un conjunto de problemas económicos y políticos” (Foucault, 1992). El letrado se pregunta por el tiempo que la población de la Unión Colombiana podría demorar en duplicarse, después de hacer alusión a los alimentos disponibles, climas, la moralidad de las costumbres y el vigor de la raza, que determinan el crecimiento de la población, llega a la conclusión de que el país “reune condiciones especiales para la multiplicación de sus habitantes” (Pérez, 1865). Según sus cálculos, basados en la extensión del territorio nacional y en la cantidad de miriámetros cuadrados que están “baldíos” y habitados, Felipe Pérez alcanzó a pensar que la nación podría abrigar en su seno la misma proporción de población “que los países más poblados del mundo”: más de 100 millones de habitantes (Pérez, 1865).

Por su parte, Samper en un ensayo escrito en 1860 para la Sociedad de Etnografía de París, que llevaba como título *La Confederación Granadina y su Población*, argumentaba que la Confederación “es tal vez la comarca más interesante, bajo el punto de vista etnográfico”, tanto “á causa de la gran variedad de caracteres de las razas

² Específicamente, Pérez basa sus argumentos en la “regla general” según la cual “el aumento de la población está en razón directa de los alimentos, el clima, la moralidad de costumbres i el vigor de la raza” (Pérez, 1865: 147). Así, planteaba que “el máximo de tiempo que un pueblo gasta en duplicar su población son 130 años i el mínimo 25. En Europa, por regla jeneral, este hecho se efectúa a los 50 años. Teniendo en cuenta los factores arriba mencionados y las “condiciones especiales” que reunía el país, Pérez concluía que la población “granadina” se duplica en un “término medio” de 75 años, según los rangos que ya había propuesto. La población nacional en 1865, era de 2.794.122 individuos, según Pérez, de los cuales 107.376 son salvajes o semi-bárbaros como los goajiros i andaquies (Pérez, 1865).

humanas que la habitan”, como “por las condiciones *muy particulares* de los sistemas orográfico é hidrográfico del país, tan maravillosamente favorables al desarrollo de su población” (Samper, 1861: 281).

Los textos geográficos, lejos de ser representaciones transparentes y fieles de la realidad, como se pensaba en la época, constituyeron herramientas fundamentales para ordenar la nación, producir su territorio, establecer campos de intervención y acción social, definir fronteras e identidades.

Las reflexiones de Samper giraban más en torno a la “distribución” y “variedades típicas” de la población. En particular, Samper se ocupó de las “características” de los mestizajes que tenían lugar a medida que se consolidan “las costumbres democráticas” y la “civilización europea”. Así, las preocupaciones bio-políticas de Samper se articularon desde la “mezcla de razas” que debía producir una sociedad democrática, una *raza de republicanos*, representante de “la Europa, del Africa y de Colombia, y que le su carácter particular al Nuevo Mundo” (Samper, 1861).

Razas, ciudadanos y civilización

El hecho de afirmar que sólo depende del “hijo de este suelo” hacer de su “patria la más poderosa de las naciones”, como lo expresaba Arboleda, coloca al ciudadano en el centro del proyecto nacionalista y civilizador de mediados del siglo XIX. La “integración y prosperidad nacional” partía del supuesto que todos los “grupos raciales subordinados” debían ser incorporados a la nación, es decir, integrados al ámbito de la ciudadanía en términos

económicos, sociales, políticos y culturales (Safford, 1991).

No debe sorprendernos, entonces, que hacia las décadas de 1850 y 1860 las elites dirijan su atención hacia las “características y rasgos sociales” de los habitantes de la nación. Este interés por los “rasgos característicos” y “tipos sociales” de la población neogranadina, se hizo explícito en los relatos de viaje, en empresas como la Comisión Corográfica, en las geografías y cuadros de costumbres escritos en la época.

Varios miembros de la élite se preocuparon por describir y comentar el comportamiento y “composición racial” de los diferentes grupos sociales que conformaban las capas más bajas de la población (Safford, 1991).

Así, la mayoría de los textos geográficos se ocuparon de un ramo de la *geografía civil* que se denominó *geografía humana* cuyo objetivo es: “la descripción de las razas que componen cada sociedad; pero ésta se confunde con un ramo de la *geografía física*”, es decir, con la *etnografía* que persigue “la descripción de las razas humanas, sus mezclas, trasmigraciones y lenguas” (Arboleda, 1872). Esto nos lleva a examinar la noción de raza que circuló en el país hacia mediados del siglo XIX.

Con respecto al “hombre”, el texto de *Geografía matemática, física i política* del español Sánchez (1869), utilizado en la Universidad Nacional, decía que el “hombre” es el objeto más complejo y

nuevo de la creación que conforma un *orden* aislado, con un “jénero y una sola especie”. Sánchez afirmaba si bien la organización física del hombre participa de “las leyes de jeneracion, crecimiento i destruccion a que está sujeta toda la naturaleza viviente”, su “carácter particular, extraordinario i sublime”, la armonía y perfección de sus sentidos, le “señalan el primer lugar entre todos los séres vivientes i le afianzan el imperio de la tierra” (Sánchez, 1869: 82)

Sin embargo, la noción de *raza* aparece como una fisura de ese humanismo, incorporado a la retórica nacionalista, que proclama la “unidad originaria de la especie humana”. Sánchez explica el origen de las *razas* diciendo qué:

“El hombre desde un principio no debió presentar ninguna diferencia notable en su posteridad, i los habitadores que componian las primeras poblaciones debian ser semejantes bajo todos aspectos. El tiempo i la influencia del clima, de la civilización, de los alimentos i de las enfermedades, han producido tanto por su color como por su forma diferencias físicas notables (...) (Sánchez, 1869: 82)”.

De esta manera, las reflexiones sobre las características de los habitantes de la Nueva Granada y las especulaciones sobre los ciudadanos que debían conformar la nación se vieron

fuertemente influenciadas por ideas raciales, articuladas desde un lenguaje “científico”, que tenía una efecto *naturalizador* de las relaciones y posiciones sociales, en la medida que postulaba la existencia de “diferencias naturales” entre los hombres, causadas por “la influencia del clima, de la civilización, de los alimentos i de las enfermedades”. Estas clasificaciones de la población se mezclaron con otras categorías que dividían a la población en civilizados y salvajes (Safford, 1991). Así, Samper afirmaba cada uno de los tipos granadinos —*criollo, pastuso, mulato, llanero y boga*—, sin incluir los tipos “puros europeos”, es la “representación de un cruzamiento, ó de una raza ó de una modificación producida por la acción del *medio* físico y social” (Samper, 1861: 83). Según Samper, la distribución de la población estaba determinada por las “influencias climatéricas”, las diferencias esenciales de las razas que habían confluído en el territorio nacional y la “exigencia de la topografía”.

Si bien estos planteamientos llevaron al esbozo de una *geografía racial e imaginaria* donde cada raza corresponde con una región específica del país³, nada era más

³ En su ensayo sobre *La Confederación Granadina y su población* Samper exponía lo siguiente: “La raza europea se fijó casi totalmente sobre las altiplanicies mas ó menos elevadas y los pliegues de las montañas; la raza africana, esclava, fué





interesante para la “ciencia etnográfica”, de acuerdo a Samper, que “el estudio de los fenómenos en virtud de los cuales se ha producido en el Nuevo Mundo la fusión de las razas más antipáticas en apariencia” (Samper, 1861: 281). No obstante, la nueva civilización *mestiza* con la que soñaban Samper y otros letrados, era una *raza de republicanos* donde predominaba la raza *blanca* o *europea*, por su inteligencia y facultades morales. Como bien lo ha expresado Rojas:

“Las diferentes articulaciones entre civilización, género y raza les permitieron a los criollos, nacidos en Nueva Granada pero hijos de españoles, consolidar su poder sobre los mestizos, los negros, las mujeres y los indios. Se estableció un sistema de diferencias jerárquicas basado en el sexo y el color de la piel. El proceso civilizatorio empezó a definirse como un proceso de blanqueamiento, cuyo más alto estado era la fusión de las razas que ponía fin a la heterogeneidad racial (Rojas, 2001: 71)”.

Así las cosas, el porvenir de la civilización en la Nueva Granada estaba garantizado, según Samper, por dos hechos fundamentales: la “mezcla de

condenada a la explotación de las minas y a los desmontes de colonización, en los valles profundos y ardientes; y las razas indígenas, explotadas y abrumadas donde quiera, permanecieron en sus respectivas comarcas. Así se tuvo, pues: arriba, la civilización, -hacia el medio, el abandono,- abajo, las violencias y horrores de la esclavitud” (Samper, 1861: 299).

razas y sus variedades, que sin dejar de hacer predominar el elemento europeo, ha hecho surgir (...) un pueblo esencialmente democrático” y, la absorción progresiva de las “razas indígenas puras, las únicas que oponen seria resistencia a las conquistas de la civilización” (Samper, 1861: 338).

En pocas palabras, la *europeización* de la sociedad, la imposición de valores, comportamientos, y patrones de vida asociados con la “civilización europea” en los grupos “subalternos” de la nación -a través de prácticas pedagógicas y económicas-, era vista, por parte de las élites intelectuales, como una garantía de la integración y el progreso nacional (Safford, 1991). Así, el problema de la “colonización interior”, de la explotación de la naturaleza y los territorios “salvajes” dependía de la formación de ciudadanos “idóneos y capaces” que estuviesen dispuestos a cultivar y producir la tierra.

La dominación de la naturaleza constituyó el fundamento de un nuevo orden social, al tiempo que la lucha con la “naturaleza americana” adquirió dimensiones míticas en la medida que ganó fuerza la creencia de que esa lucha tenía “la virtud de fortalecer la masculinidad y la salud necesarias para el mantenimiento del lado positivo del progreso” (Nouzeilles, 2002: 26). El ideal de la inmigración que había predominado en diferentes momentos del siglo XIX, expresa con claridad la preocupación por la “colonización interior” y el ciudadano, haciendo evidente el interés del Estado en limpiar, ocupar, homogeneizar y «civilizar» mediante la ocupación del territorio, según la célebre fórmula del argentino

Alberdi: «gobernar es poblar» (Martínez, 1997).

En última instancia, la realización del “destino manifiesto” de la nación, el papel que estaba “predestinada” a cumplir, dependía de ese pueblo *colombiano* “industrioso, amante del trabajo, hospitalario, atrevido y generoso”, que comenzaba a figurar en los principales textos de geografía que se publicaron en el país durante las décadas de 1850 y 1860.

Así, hemos podido constatar de qué manera las características de los discursos geográficos los convirtieron en una herramienta fundamental para imaginar la nación. Bajo un lenguaje concebido como científico, los letrados de la época filtraron y naturalizaron sus visiones del territorio y, las concepciones de la población y el ciudadano que se elaboraron en ese contexto.

Un texto geográfico reunía todo aquello se consideraba parte y fundamento de la nación: la historia nacional, el territorio, los recursos naturales, las montañas, los climas, los ríos y la población. Sin lugar a dudas, la relevancia de analizar críticamente los textos geográficos radica en que nos hablan más de la nación deseada por sus autores que de la “realidad” que buscaban describir científicamente.

